

El personaje reinante

Conocida es la teoría de Taine relativa a lo que el gran escritor llama el *personaje reinante*. En todo período histórico existe un personaje, real o fingido, que resume y condensa en sí los rasgos y cualidades que constituyen el sello característico de la colectividad de que el dicho personaje forma parte. Pericles en Atenas, César Borgia en la Italia del Renacimiento, Werther en la Alemania de fines del siglo XVIII, son otras tantas individualidades sintéticas, cuya filosofía social puede considerarse como el símbolo de sus respectivos períodos históricos.

A España, como a cualquier otro país, es aplicable la ingeniosa y exacta teoría expresada por el autor de «La filosofía del Arte». El personaje reinante del siglo XII, por ejemplo, fué el Cid. Las rudas costumbres de aquella centuria, su religiosidad, su concepto del honor, su lealtad al monarca, sus supersticiones, sus amores, sus odios..... se suman y concentran en aquel buen burgalés de larga espada, héroe mitad histórico, mitad legendario, á quien la crónica y la leyenda nos presentan ya *ensanchando a botes de lanza* el reino de Castilla, ya arrastrando hasta los piés de su padre ultrajado la cabeza del conde Lozano, asida por la sangrienta melena, ya persiguiendo al traidor Bellido d'Alfos hasta el portillo de Zamora *la vieja*, ya exigiendo a su rey humillante juramento, ya compartiendo su cama con repugnante leproso, ya finalmente, poniendo en práctica cuanto por noble, generoso y honrado tenían los hombres de aquella edad remota.

Tampoco es difícil encontrar el personaje reinante del siglo XVII en el quijotesco caballero cuya fisonomía moral guardan nuestras comedias famosas, y cuyo retrato fijó en el lienzo el pincel de Velázquez al trazar la figura del Marqués de Spinola en el famoso cuadro de las lanzas.

Podrían multiplicarse los ejemplos.

En rigor, puede compararse el personaje reinante a esos ramos que depositados en terrenos salitrosos cúbrese al cabo de cierto tiempo de partículas que les dan el aspecto de arbolillos de cristal; este arbolillo posee esencialmente la mismas cualidades del medio ambiente en que ha sido colocado. Cuando en una sociedad dominan las aspiraciones generosas y los ideales nobles, el personaje reinante es noble y generoso; en las sociedades escépticas y descreídas, escéptico y descreído es el personaje; en los pueblos degradados y corrompidos, degradado y corrompido es; pero cualesquiera que sean sus cualidades, por el hecho de reunir las, de la colectividad tiénesele por un ser superior y ejerce una especie de dictadura sobre la gran masa de espíritus rutinarios.

*
*
*

No es necesario haber profundizado mucho en el examen de la sociedad presente para advertir la desproporción que existe entre el pensar y el sentir modernos, desordenados y malsanos, y el culto que se rinde a la corrección externa. Todo se sacrifica a la apariencia y a la suavidad en el procedimiento. Debajo de esa corteza, fácil es encontrar el hielo del escepticismo y la falta de conciencia; pero es lo cierto que cuando todo ello no se manifiesta, o mejor dicho, cuando se oculta bajo un exterior pulcro, lo admitimos de buen grado, siquiera además convencidos de la mentira de la apariencia.

Es triste reconocerlo, pero es exacto: la mentira es la base de la mayor parte de nuestras instituciones contemporáneas. Ficciones son los convencionalismos políticos; ficción muchas veces el criterio legal, opuesto al criterio de lo justo; ficciones no pocas de las costumbres a que todos rendimos culto; ficción, finalmente, el rendimiento religioso de que tantos escépticos alardean. Y tan connaturalizados estamos con la mentira, que todos nos dejamos